**MICHAEL
VOSLENSKY**

Desde hace algunos meses, un nuevo concepto ha invadido la jerga del lenguaje político: la Nomenklatura. Es la obra del profesor soviético Michael Voslensky, aparecida hace algunos meses y que desvela la existencia innegable de una clase social de la URSS, netamente diferenciada, que dispone del poder y de los privilegios.

Voslensky es un historiador que, por sus innumerables funciones en el seno de la Nomenklatura, conoció la realidad de las prerrogativas y del poder de esta clase oculta de la sociedad soviética. El profesor, efectivamente, ha estado en relación estrecha con el aparato del Comité Central del PCUS, ha trabajado en el Consejo Mundial de la Paz, en la Academia de Ciencias y, en fin, enseñó en la Universidad Lumumba, de Moscú. Este intelectual, extremadamente riguroso (conoce bien nuestros países occidentales, cuyas principales lenguas habla), dirige actualmente un Instituto de Investigaciones sobre la URSS en Múnich (RFA). En infinidad de ambientes, Voslensky está considerado como uno de los más eminentes soviólogos. Es un gran conocedor del marxismo, cuya importancia histórica y acertados análisis aprecia en muchos aspectos.

Para el autor, la obra demuestra, con un rigor y una metodología propias del marxismo, la existencia de una clase social que dispone prácticamente del poder absoluto en un país en el que, por diversas circunstancias, no han podido constituirse estructuras que contrabalanceen ese poder (como actualmente el sindicalismo libre en Polonia).

La Nomenklatura es a la burocracia del Este lo que el capital es a las burguesías occidentales.

Hasta ahora no habíamos logrado penetrar en la estructura social soviética. Se hablaba de burocracia, de gerontocracia, de nueva clase, de casta... Hoy sabemos que todos esos términos no son más que adjetivos; Nomenklatura es el sustantivo. La existencia de este tipo de régimen que desde hace más de medio siglo trata de monopolizar el concepto de Socialismo favorece al capitalismo, puesto que el funcionamiento del Estado Nomenklaturista constituye el mejor agente imaginable de propaganda anti-socialista. Por otra parte, algunos estrategas del establishment americano estiman que los Estados Unidos debieran sostener la consolidación de la nueva clase dominante de la Unión Soviética (teoría de Sonnenfeld).

—Profesor Voslensky, usted escribió recientemente un libro que ha hecho mucho ruido: La Nomenklatura. ¿Podría definirnos la Nomenklatura?

VOSLENSKY.—La definición oficial dada en la Unión Soviética de la Nomenklatura se encuentra en un manual para las Escuelas Superiores del PCUS titulado: *La edificación del Partido*.

Se lo leo: «La Nomenklatura constituye la lista de los puestos más importantes. Las candidaturas son aprobadas por un comité del partido de distrito, local, regional, etcétera...» (Los Comités Centrales de las Repúblicas y el C.C. del PC de la URSS).

La Nomenklatura comprende a las personas que ocupan puestos clave. Esta es la definición de la Nomenkla-

tura. La definición es muy concreta, bastante breve y precisa. La Nomenklatura es el grupo de personas —prácticamente casi todos son miembros del PC de la Unión Soviética— que ocupan el conjunto de los puestos clave en el apartado del Partido, del Estado, en el aparato económico, cultural e ideológico, es decir, en la práctica totalidad del aparato de la Unión Soviética.

—¿Es una parte de la burocracia?

V.—No es una parte de la burocracia, sino que es el vértice de la burocracia, por decirlo de algún modo.

Y, ¿en qué consiste, entonces, desde el punto de vista marxista, la Nomenklatura? Puesto que, hablando de la Unión Soviética, debemos de adoptar ese punto de vista o, en cualquier caso, debemos utilizar los instrumentos ideológicos del marxismo, ya que se trata de un país que oficialmente —según su concepto— considera el marxismo-leninismo como su ideología oficial.

Así, pues, ¿qué es la Nomenklatura? Un grupo que es bastante grande. En mi libro he tratado de precisar la magnitud de esta Nomenklatura: representa aproximadamente 750.000 funcionarios.

Un grupo, pues, bastante considerable que detenta todos, absolutamente todos los puestos clave del conjunto del país. En términos marxistas, se trata de una clase, y una clase dirigente.

Porque la definición de una clase es, citando a Lenin, la siguiente: *Llamamos clase a vastos grupos de hombres que se distinguen por el puesto que ocupan en un sistema históricamente definido de pro-*

ducción social, por su situación con respecto a los medios de producción, por su papel en la organización social del trabajo y por los modos y la importancia de la parte de riquezas sociales de que disponen.

Tenemos, por lo tanto, estos cuatro puntos: La Nomenklatura, en efecto, es un vasto grupo de hombres que se distinguen por el lugar que ocupan en un sistema históricamente definido de producción social, en el sistema del llamado socialismo real por su situación con respecto a los medios de producción; esa situación es de tal carácter que dicho grupo dispone de medios de producción a escala nacional. Por el papel de ese grupo en la organización del trabajo —y ese papel es el administrativo—, el papel director y, por último, por la parte de riquezas sociales de que dispone.

Esta parte es extremadamente importante y, sin duda ninguna, superior a la parte correspondiente de las otras capas de la sociedad. Se trata de una clase, y de una clase dominante.

—¿Qué diferencias existen entre las grandes burguesías occidentales y las Nomenklaturas del Este?

V.—La Nomenklatura es una clase, ante todo, gobernante; es una clase dirigente; una clase basada en el poder político. Mientras que la burguesía es una clase, en primer lugar, poseedora. Tiene las mercancías, el capital. La burguesía es una clase privilegiada y poseedora en tanto que dominante.

—¿Existen divergencias en el seno de las diferentes Nomenklaturas?

V.—Hay diferentes grupos en el seno de la Nomenklatura. En primer lugar, porque se trata de una estructura jerárquica, estrictamente jerárquica; por tanto, se dan distintas capas en la Nomenklatura, niveles diferentes. Pero, en principio, creo que lo más importante es que existen dos partes de la Nomenklatura.

El eje, la parte más importante, es el aparato del Partido, dentro del cual se encuentran los órganos dirigentes, empezando por los comités de distrito o de barrio, comités de ciudades, de regiones, comités de territorios, comité central de la República y el comité central del PCUS, con dos organismos de la máxima importancia que toman el conjunto de las decisiones políticas: el Politburó y el Secretariado del Comité central; el Politburó y el Secretariado del C.C. determinan la política del Partido. Este es el eje de la Nomenklatura. Y la segunda parte, más voluminosa, pero menos importante, es la Nomenklatura no del Partido sino del Estado, que se encuentra en las diferentes organizaciones: la Unión de Escritores, la Unión de Pintores, Academia de Ciencias, etc... En fin, en el plano ideológico y cultural, así como en el terreno de las cooperativas.

La Nomenklatura depende de ese eje, del que depende el aparato del Partido y que ha sido creado por ese propio aparato, a partir de decisiones preparadas por él mismo y asumidas por esos comités, desde abajo, empezando por los comités de regiones y, desde arriba, por el Politburó y el Secretariado del C.C.

—¿Piensa usted que China también sufre el régimen Nomenklaturista?

V.—No conozco China. No puedo decirle nada. Sin embargo, supongo que se trata de una estructura similar. Pero no podría añadirle nada más.

—¿Caben reformas en un sistema semejante? Pienso en Polonia, por ejemplo.

V.—Caben las reformas, en efecto. Pero las posibilidades son extremadamente limitadas, y ésta es la debilidad de tal estructura social, de esos denominados socialismos reales. El socialismo real es muy rígido, es poco flexible. Resulta muy difícil para esta estructura el adaptarse a la evolución del mundo. Mire Polonia. ¿Qué ha sucedido allí? En Polonia, país supuestamente socialista, los obreros han fundado un sindicato libre, pero no tan libre como en los países capitalistas de Europa puesto que, en último término, Solidaridad estaba constreñida a declarar, en primer lugar, su adhesión al socialismo. En Bélgica no hay un sindicato que, para poder existir, tenga que decir: «Yo estoy al lado del capitalismo. Lo juro».

Además, han tenido que aceptar el papel dirigente del PC. Aquí no hay un sindicato que haya de aceptar el papel dirigente del partido en el poder. Por lo tanto, Solidaridad no ha alcanzado siquiera el nivel de independencia de que gozan aquí los sindicatos, en pleno capitalismo. Y, a escala internacional, se trata de una gran tragedia, de un drama terrible. Pero, ¿por qué? Porque, precisamente, ese organismo social —el socialismo real con su clase dominante: la Nomenklatura— no soporta o soporta muy mal determinados cambios en la rígida

forma con la que ha sido creado.

—¿Piensa usted que los obreros polacos están en contra del socialismo en un sentido amplio?

V.—No, no lo creo. Sin embargo, recuerde que el Congreso ha pedido, *expressis verbis*, la disolución de la Nomenklatura. A la vista de ello, pienso que si la Nomenklatura persiste en sus esfuerzos para que no cambie nada en el modelo estalinista del socialismo real que existe en Polonia, en ese caso sospecho que surgirán dificultades, dado que eso es precisamente lo que provoca un espíritu de resistencia entre los obreros polacos, entre los miembros de Solidaridad; y, cuando hablamos de Solidaridad, hay que pensar siempre en un sentido muy concreto: Solidaridad, hoy, es idéntica al pueblo polaco desde el punto de vista estadístico. En un país de treinta y seis millones de habitantes, diez millones son miembros de Solidaridad. Ello quiere decir que, si consideramos estadísticamente a la familia en cuatro personas, a una adhesión a Solidaridad de diez millones le correspondería una población de cuarenta millones y no de treinta y seis. Por consiguiente, eso significa que no hay familia en Polonia que no tenga uno o dos miembros en Solidaridad.

—En su libro, parece que usted hace un análisis marxista de la sociedad soviética. ¿Es usted marxista?

V.—Considero a Karl Marx como un genio. Me parece que ha contribuido de manera muy importante a la cultura europea y mundial. Creo que, en nuestra época, el marxismo

está ligado demasiado estrechamente a la política expansionista de la Unión Soviética, y de ahí proviene una reacción contra el marxismo.

Hay marxismo y anti-marxismo; en definitiva, actualmente se dan todas las posiciones. Pero, de aquí a doscientos años, cuando haya perdido su actualidad, supongo que podrá considerarse serena y objetivamente; se dirá entonces que hay que considerar importante a Karl Marx y su contribución histórica de gran envergadura a escala mundial.

Evidentemente, las ideas del marxismo datan del siglo XVIII. Es falso presentar al marxismo como una filosofía moderna. No es moderna. Está basada en las ideas del siglo XVIII y el propio Lenin lo ha dicho al precisar cuáles eran las fuentes del marxismo. Ha hablado de las filosofías clásicas alemanas del siglo XVIII, del utopismo socialista francés del siglo XVIII (de hecho, esas utopías ya habían comenzado en el siglo XVI). De ahí proviene el marxismo. En cuanto a mí, ¿soy marxista?, ¿qué quiere decir eso? Marx decía: «Yo no soy marxista», y si Marx lo ha dicho yo también lo diré. No soy marxista, pero ya le he dicho lo que era el marxismo. En todo caso, yo no soy anti-marxista.

Considero el materialismo histórico como una tesis muy interesante. *El Capital* me parece un libro estremadamente importante para el análisis del capitalismo de esa época, no del capitalismo de hoy. Algunos rasgos del capitalismo de la época subsisten todavía en el capitalismo actual, pero Marx analiza el estadio en el que se encontraba el capitalismo europeo, sobre todo el

inglés. Cuando redactó *El Capital*, al igual que los mayores genios de las ciencias sociales, ha sido un hijo de su tiempo y no ha podido rebasar el siglo y el desarrollo. Es verdad que he adoptado los métodos marxistas, las categorías marxistas e, incluso, leninistas, puesto que aquí somos libres de elegir el sistema de ideas que adoptamos, los criterios de análisis, el punto de partida y el sistema de coordinación.

Sin embargo, cuando la propaganda nomenklaturista pretende que la Unión Soviética está fundada sobre principios marxistas, pienso que era oportuno basar mi análisis en los criterios marxistas, ya que si lo hubiera basado en otros habría sido muy sencillo criticarme diciendo: «Pero eso es ideología burguesa, esos son criterios burgueses; así que no hablemos más». Mientras que, hasta ahora, es interesante observar que ningún comunista ha criticado el libro. Se me ha atacado personalmente en *L'Humanité*, pero no se ha tocado el libro; lo mismo cabe decir cuando he hablado en la televisión.

En Alemania, Irving Fletcher, marxista muy conocido y un no comunista ortodoxo, acaba de publicar un artículo largo en la *Neue Zürcher Zeitung*, a propósito de la Nomenklatura, basado en mi libro. Me gustaría destacar que en una frase de su artículo dice que adopto la metodología marxista y que su aplicación a la realidad soviética aporta resultados muy interesantes e importantes.

—¿Considera usted que Lenin no es el continuador de Marx?

V.—No. Marx era filósofo, economista e intelectual. Ha

creado ese sistema de ideas. No era un hombre político. Como usted sabe, como organizador de la Internacional no tuvo mucho éxito.

No era un hombre de partido. Me remito a lo que Engels escribió a Marx: «¡Qué estupidez, convertirse en un partido político..., Nosotros no somos hombres de partido!». Y es verdad.

Lenin es otra cosa. No es un teórico. Es un hombre político; más aún: *un animal político*. El leninismo es la técnica de la toma del poder. Por eso a Nomenklatura es una estructura estaliniana: no es leninista en la medida en que supera a Lenin.

En lo que respecta a las ideas prácticas, tácticas y estratégicas de la toma del poder por los comunistas, la política está basada en el leninismo, siempre y cuando se trate de otros países, es decir, en Occidente y en el Tercer Mundo. Ahora bien, en la URSS lo que impera todavía es el estalinismo; se utiliza el marxismo como se utiliza el pacifismo, como se utiliza el anarquismo, por ejemplo; pero la continuación lógica de las ideas de Marx y del marxismo es la Social Democracia.

La continuación lógica de Lenin era el trostskismo: la revolución permanente, mundial, sin fin...

En la Unión Soviética, hoy, la Nomenklatura representa la continuación de Stalin; y, por lo mismo, Marx y Lenin no son otra cosa que iconos oficiales.

—Profesor, ¿cree usted en el socialismo? ¿Es usted de izquierda, en una palabra?

V.—¿Izquierda o derecha? Soy muy escéptico al respecto. Sobre todo cuando veo en torno mío la absolutización

de esas palabras (como la mayoría de las que provienen del Este). Aquí se considera a Soljenitsyn como a un hombre de derechas, mientras que en la URSS es evidente que aparece como un hombre de izquierda radical.

Yo no pertenezco ni a la izquierda ni a la derecha, pues no creo que en el mundo contemporáneo esas nociones quieran decir gran cosa. En principio, estaría absolutamente de acuerdo con las ideas de un socialismo democrático; pero, a mi juicio, ese socialismo debe encontrarse más alejado del llamado *Socialismo real* de lo que está del capitalismo.

Desgraciadamente, en los que se llaman socialistas democráticos veo una gran indulgencia hacia el llamado socialismo real. «Es una forma fea, pero, al fin y al cabo, es una forma de socialismo», dicen. Si a sus ojos es socialismo, entonces yo me pregunto si son verdaderamente democratas, puesto que, en ese sistema, lo que no existe es precisamente la democracia. Pienso que el socialismo democrático debe partir del principio de que una estructura que no es democrática no tiene nada que ver con el socialismo. Aquí, en el mundo capitalista, la democracia existe. No es perfecta, es limitada, pero existe. Es una estructura que ha de estar más cerca del socialismo democrático que del denominado *socialismo real*. Cuando allí se acepte la democracia, entonces me prestaré muy gustosamente a analizar de cerca las posibilidades de construir de manera efectiva un socialismo democrático. Pero, cuando se pretende que «eso no es capitalismo, por consiguiente es mejor que el capitalismo», en

ese caso no estoy de acuerdo; el feudalismo o el esclavismo no eran capitalistas, pero no son, por eso, preferibles al capitalismo.

—¿Piensa usted que la Unión Soviética es una potencia agresiva?

V.—Preferiría el término expansionista al de agresiva. La agresividad sólo abarca el campo militar, mientras que el expansionismo es más amplio, más político. Clausewitz decía: «La guerra es la continuación de la política por otros medios». En ese marco más amplio creo que la Unión Soviética, o más bien la Nomenklatura, es expansionista, emplea medios agresivos como en Afganistán y en Checoslovaquia en 1968.

—¿Acaso no hay una contradicción entre esa política hegemónica de la URSS y su debilidad económica y tecnológica?

V.—Ceo que no hay ninguna contradicción. Ciertamente, la Nomenklatura teme el descontento que se extiende en la población soviética, descontento debido al bajo nivel de vida (salarios muy bajos, malas condiciones de alojamiento...). Viendo lo que pasa en Polonia, la Nomenklatura se da cuenta de las consecuencias que puede tener ese descontento. Por lo tanto, hay que hacer algo. ¿Comprar al extranjero? Eso es imposible, pues sólo se puede pagar con gas y no todo se puede comprar con gas. Así pues, hay que apoderarse, sin pagar, de los países que tienen una economía productiva.

Y el problema que surge entonces es saber hacia qué región del mundo volverse. En el Norte no hay nada. En el

Este está la China... En el Sur están los países ricos de la OPEP. Por tanto, se invade Afganistán. Pero aquí se tropieza con una resistencia inesperada.

Se impone, pues, el orientarse a la economía superproductiva de la Europa capitalista. Esta es la razón por la cual hay que intimidar a la Europa occidental.

—Pero, ¿para intimidar a Europa no es necesario un armamento muy sofisticado?

V.—Eso es lo que ha hecho la URSS. Ha invertido en armamento. Es una decisión bastante lógica, después de todo. Como los dirigentes soviéticos no están en condiciones de invertir lo bastante en la producción de bienes de consumo, lo hacen en el complejo militar-industrial. Y, finalmente, la URSS se convierte en una potencia a la que todo el mundo teme. Es un instrumento eficaz, desde el punto de vista de la Nomenklatura. Yo no creo que los dirigentes soviéticos quieran la guerra. No quieren destruir Europa, pero demuestran ostensiblemente que tienen la posibilidad técnica de mantener una guerra y de ganarla. No desean la guerra, sino la victoria.

—¿Cómo pueden tener semejante desarrollo tecnológico en el terreno del armamento, mientras que sufren un verdadero descalabro en los campos económico y de tecnología civil?

V.—En realidad, el complejo militar-industrial soviético no es muy eficaz. Estoy seguro de que ese mismo complejo es más eficaz en los Estados Unidos. Para obtener el mismo nivel, los americanos

invierten mucho menos que la URSS.

—*Pero la URSS tiene, además, un Producto Nacional Bruto (PNB) que no representa más que la mitad del de los Estados Unidos.*

V.—La verdad es que hay que hablar del concepto de producto social, puesto que los presupuestos no son equiparables. En la URSS, en efecto, el rublo no vale nada. Es más, ni siquiera es convertible. En realidad, se trata de una moneda puramente interna que no podemos comparar con ninguna otra. De esta manera, el gobierno soviético puede poseer millares sin que se refleje en el presupuesto.

Por lo tanto, hay que hablar de *producto social*. Según los Estados Unidos, los soviéticos utilizan el 15 por ciento de su producto social para fines militares, mientras que los americanos sólo utilizan el 5 por 100.

—*¿No piensa usted que el complejo militar-industrial occidental pudiera estar interesado en hinchar la potencia militar soviética, con el fin de justificar la carrera de armamentos en el Oeste?*

V.—Es muy posible. Pero si miramos lo que los propios soviéticos nos muestran (las maniobras con millares de soldados, la tecnología espacial, los misiles...), entonces hemos de convenir en que la potencia militar soviética existe. No puede decirse que la URSS sea la más fuerte, pero sí que hay una paridad.

—*¿Quién impone la carrera de armamentos, la URSS o los Estados Unidos?*

V.—¿Cómo ha empezado la carrera de armamentos?

Por la guerra fría. Pero si leemos las declaraciones y seguimos las decisiones adoptadas en las conferencias de Teherán, Yalta y Postdam después de la Segunda Guerra Mundial, y si las comparamos con el desarrollo político de los países del Este, puede advertirse que la expansión soviética no estaba prevista en aquellos acuerdos.

Por lo tanto, a la pregunta de: ¿Quién ha empezado la guerra fría?, yo respondería: Los Estados Unidos. Pero, ¿quién la ha provocado? ¡Ah!, entonces yo diría que Stalin por su expansionismo. La URSS ha provocado la carrera de armamentos por su política expansionista.

Así pues, el desarme sólo será posible cuando desaparezca la política expansionista. Por muchas conferencias que celebremos y por muchas negociaciones que entablemos, el hecho está ahí.

—*¿De qué lado se manifiesta el expansionismo? Usted habla del expansionismo soviético. ¿No existe ningún otro expansionismo?*

V.—Existe una larga lista de países que han sufrido el expansionismo soviético. ¿Cuáles son los de la lista americana?

—*¿América Latina?*

V.—El de América Latina no es un expansionismo de hoy, es un expansionismo de antaño, como hubo un expansionismo británico, español, portugués, alemán, etc... Pero el expansionismo de hoy es Etiopía, Afganistán, Camboya, Laos, Angola, Mozambique y las llamadas democracias populares.

—*¿Los Estados Unidos no han tenido, desde hace treinta*

años, una política expansionista respecto de Europa?

V.—Los Estados Unidos han retirado sus tropas de Europa Occidental, mientras que la URSS las mantiene instaladas permanentemente en el Este.

—*¿Existe una alternativa a la carrera de armamentos?*

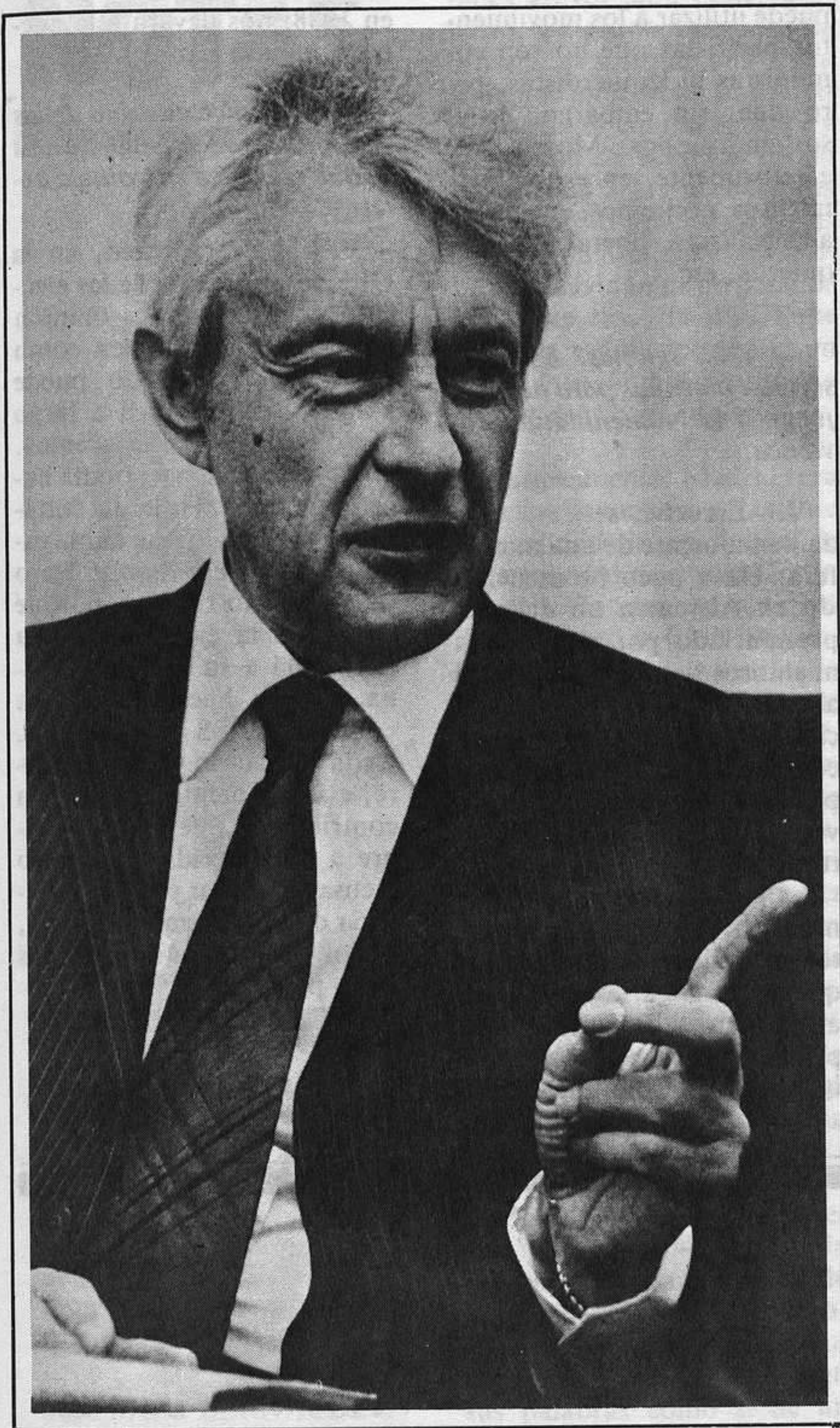
V.—Sin duda ninguna. Hay que observar estrictamente la regla de igualdad en el terreno de los armamentos. No hay que convencer por medio de discusiones o de palabras; hay que disuadir, es decir, convencer a la Nomenklatura de que su superarmamento es inútil, que es dinero perdido. Pero, para eso, es preciso tener una estricta igualdad.

Por lo pronto, la carrera de armamentos continuará porque la Nomenklatura utilizará, como decía Lenin, a «los pacifistas para disolver a la burguesía».

Hay que dejar claro que Occidente está dispuesto a recoger el guante. Si destinar tales sumas a la carrera de armamentos es un despilfarro, hay que indicar a la URSS que es un despilfarro tolerable para el Occidente, que dispone de los medios para sostenerlo; pero que es un despilfarro intolerable para la URSS, que debiera tener interés en invertir en otro sector so pena de ver sublevarse a la población.

En estas condiciones es posible que la Nomenklatura acabe realmente por aceptar la discusión.

Es estúpido apoyarse en las negociaciones propuestas o inducidas por los pacifistas. En realidad, esas negociaciones han empezado inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, en 1920, y



han durado hasta hoy con la interrupción de 1940-1945. Y, ¿cuáles son los resultados? Cero. La prensa ha dejado ya de hablar de ello por lo aburrido del asunto. La Nomenklatura no tiene ninguna voluntad real de desarmar.

—¿No hay una convergencia de intereses de las dos su-

perpotencias en detrimento de Europa?

V.—No. La Nomenklatura posee ya la Europa del Este y ahora trata de expandir su influjo sobre la Europa del Oeste. Por supuesto que los Estados Unidos tienen también sus intereses en Europa occidental, pero es, sobre todo,

para resistir cualquier tentativa expansionista de la URSS. Hay, pues, conflicto de intereses, pero no convergencia.

—A su juicio, ¿cuál debe ser la actitud de los países europeos en el problema de los euromisiles?

V.—No creo que los misiles americanos sean muy eficaces desde el punto de vista militar.

Los Pershing II tienen un alcance insuficiente, 1.800 kilómetros, para hacer impacto en una gran ciudad, un gran centro político de la URSS.

El Cruise no es detectable por radar, pero es muy lento; es más un avión teledirigido que un misil. Por lo tanto, se le puede abatir muy fácilmente.

En 1979, la Unión Soviética no había hecho el menor esfuerzo para impedir que la OTAN votase el despliegue de los misiles. Sin embargo, Moscú ha intentado todo para impedir que esta decisión sea llevada a la práctica. Así, pues, para la URSS se trata de una intimidación psicológica. Hay que lograr que la OTAN sea incapaz de ejecutar la resolución y, mediante esto, infligir un golpe a su homogeneidad.

Me pregunto, incluso, si el estacionamiento de los SS-20 no es, en realidad, una provocación. Porque, efectivamente, los soviéticos estaban convencidos de que los Estados Unidos, gracias a sus satélites artificiales, advertirían enseguida las maniobras soviéticas y comunicarían sus informaciones a los países europeos. Estaban absolutamente convencidos de que las reacciones europeas serían el miedo y la *rebelión*. Por consiguiente, me parece que en plena *distensión*, hacia la mitad de los

años 70, han preparado con toda frialdad la instalación de cohetes apuntando a Europa con el fin de provocar una fisura en el seno de la OTAN.

—En su libro, usted establece una diferencia entre «distensión» y «coexistencia pacífica».

V.—La *coexistencia pacífica* es una expresión extraída de la ideología marxista-leninista. De acuerdo con la definición soviética, es una forma específica de la lucha de clases en la arena internacional.

Desde el punto de vista ideológico, la *distensión* es una expresión absolutamente imprecisa. ¿*Distensión*, entre quienes? ¿De qué tensiones se trata? En realidad, *distensión* es una palabra descreada para confundir a las personas en Occidente. Empleando ese término se hace creer que se está contra las guerras, ganando así el apoyo de las masas. *Coexistencia pacífica* quiere decir, sobre todo, continuación de la guerra por otros medios. Gracias al término *distensión*, la URSS

puede utilizar a los movimientos pacifistas que no son comunistas ni izquierdistas, pero que, sin embargo, están sostenidos por Moscú. Y, efectivamente, en esos movimientos podremos encontrar a socialistas, liberales de izquierda, etc.

—¿Y las Iglesias? Estas no son tan ingenuas para hacer el juego a la Nomenklatura soviética.

V.—Escuche, se trata fundamentalmente de una atmósfera. Hace poco he escuchado en Alemania un discurso pronunciado por uno de los miembros del Partido Liberal alemán en el que el orador decía: «Prefiero ser considerado como un tonto útil antes que preparar un asesinato masivo». Eso es lo que pasa actualmente.

La gente acepta que los comunistas lancen el movimiento; para ellos, lo que cuenta es que se detenga la carrera de armamentos. Ahora bien, pienso que ese movimiento, al igual que sucedió en Múnich

en 1938, nos llevará a la guerra y no a la paz.

—Usted dice que una de las ventajas de la Nomenklatura es que planifica su política exterior.

V.—Sí. Verá usted, en la URSS el problema de las elecciones libres, de la opinión pública, no se plantea como aquí. De este modo puede planificar su política a largo plazo, incluso para decenios.

La Alemania nazi podía hacerlo también. Hitler ha tratado de realizar lo que había escrito en su *Mein Kampf*. Pero no ha tenido tiempo, porque ha ligado la ejecución de su programa a su propia persona. Quería hacerlo todo él.

En la URSS es diferente. Cada Secretario General quiere, evidentemente, aportar su contribución, dejar su nombre a la posteridad. Pero no piensa en acabar él sólo la victoria del socialismo. Es decir, la política se ve a mucho más largo plazo.

CESAR GARCIA

Traducción:

J. A. MATESANZ